



Enrique Fielding, el inmortal autor de *Tom Jones*, muerto en Lisboa, en octubre de 1754, fué, si no el primero, el más grande de los cervantistas ingleses. Y no, ciertamente, porque investigara en la vida de Cervantes, o hiciese eruditas críticas de sus obras, o le tradujera, sino porque siguió sus huellas. Un genuino espíritu cervantino se descubre en las obras todas de Fielding, que amenudo cita, además, a su maestro con la ventaja grandísima de que, como el gran humorista inglés no escribía en castellano y sí en su lengua nativa y propia, no pudo ser arrastrado a copiar giros, vocablos, modismos y construcciones sintácticas de su modelo. Que esta última es la más baja y más falsa manera de cervantismo.

En el capítulo I del libro III de su novela *La historia y las aventuras de José Andrews*; que es, en parte, una rechifla de la sentimentalmente ambigua *Pacuela*, de Richardson, nos dice Fielding esto:

«No obstante la preferencia que pueda darse vulgarmente a la autoridad de aquellos novelistas (*romance writers*) que titulan sus libros: «Historia de Inglaterra, Historia de Francia, de España etc.», lo más cierto es que la verdad no ha de hallarse más que en las obras de los que celebran las vidas de grandes hombres y se les llama comúnmente biógrafos, como a otros se les titula topógrafos o corógrafos; palabras que pueden bien marcar la distinción entre ellos; siendo el negocio de los últimos, principalmente, describir países y ciudades que con la asistencia de mapas, lo hacen muy a punto y se puede fiar en ello; pero en cuanto a las acciones y caracteres de los hombres sus escritos no son tan enteramente auténticos de que no hace falta otra prueba, sino aquellas eternas contradicciones que ocurren entre dos topógrafos que emprenden la historia del mismo país; por ejemplo, entre mi lord Clarendon y Mr. Whitelocke, entre mister Echard y Rapia, y varios otros, donde mostrándosenos los hechos a diferente luz cada lector cree lo que le place, y la verdad es que el más juicioso y suspicaz estima con toda justicia que no es todo ello otra cosa que una novela en que el escritor ha dado suelta a una feliz y fértil invención. Pero aunque éstos difieran extremadamente en la narración de los hechos, atribuyendo unos la victoria a una y otros a la otra parte, representándose éstos al mismo hombre como un pícaro mientras aquéllos le prestan un grande y honrado ca-

rácter, todos, sin embargo concuerdan en la escena en que se supone haber ocurrido el hecho y donde vivió la persona, que es un pícaro y un hombre

honrado a la vez. Mas con nosotros, los biógrafos, el caso es diferente; los hechos que narramos son de fiarse en ellos, aunque amenudo equivoquemos la época y el país en que ocurrieron; porque, aunque pueda ser digno del examen de los críticos, si el pastor Grisóstomo, que, como nos informa Cervantes, murió de amor por la hermosa Marcela que le odiaba, fué en España, dudará alguien que semejante necio sujeto haya realmente existido. ¿Hay en el mundo, acaso, escépticos tal cual para no creer en la locura de Cardenio, en la perfidia de Fernando, en la impertinente curiosidad de Anselmo, en la flaqueza de Camila, en la irresoluta amistad de Lotario? Aunque, tal vez, en cuanto al tiempo y lugar en que estas diferentes personas vivieron aquel buen historiador pueda ser deplorablemente deficiente.»

Y, más adelante, añade Fielding, con singular penetración en el sentido de la verdad histórica, que un libro tal como el que nos recuerda las proezas del famoso «Don Quijote», es más digno del nombre de historia que no el de Mariana, porque, mientras el último se confina a un particular período de tiempo y a una particular nación, el primero es la historia del mundo en general, o, a lo menos, de aquella parte que está pulida por leyes, artes y ciencias y esto desde el tiempo en que primero se pulió hasta hoy, y aun más, de aquí en adelante cuanto dure.»

Esta es también, desde hace años, la mía, y siento no haber conocido este pasaje del cervantino, que no cervantista, Fielding cuando sostuvo que la historia de Don Quijote es una verdadera historia y no una novela, como las llamadas Historias de España, sea de Mariana, o de Lafuente, o de Martín S. A. Hume, o de quien sean. Y la *Iliada*, que gira toda ella en derredor de Aquiles, y es a modo de una biografía de éste, es mucho más histórica que la «Historia de Grecia», de Mr. Grote, pongo por novela, o la *Eneida*, biografía exornada del piadoso Eneas, es historia real y verdadera, y no lo es la novela de Mommsen que se titula «Historia de Roma».

El poder situar un suceso en tiempo y lugar con ayuda de la cronología y la geografía, tiene muy poco que ver con la verdad histórica, aunque tenga que ver con eso que llaman exactitud.

(4)

Recogido en "La esto y de aquello" tomo II



Un suceso, una cosa que ha sucedido, y por haber sucedido pasó ya, y, en realidad, no existe, puede convenir fijar su actual no existencia en fecha y en lugar determinados, pero un hecho, algo que haciéndose permanece como instituto o como costumbre o como idea importa poco que no sepamos situarlo

ni cronológica, ni geográficamente. Un hecho así, no un suceso, es eterno y es universal, vive fuera de tiempo y de espacio. ¿Qué persona culta no recuerda el inmortal curso con que se abre el *Endymion* de Keats?

*A thing of beauty is a joy for ever*, «Una cosa de belleza es un goce para siempre». Como es para siempre aquella historia de la guerra del Peloponeso, «cosa para siempre»—*clamate es aei*—que, según su enérgica y arrogante expresión, nos dejó Tucídides. No sabremos si el Pericles que llaman histórico, el de los cronólogos y geógrafos, existió o no en realidad de historia verdadera, pero sí sabemos que el Pericles de Tucídides es un hecho, esto es: una idea, para siempre y existe. Y vale más existir que haber existido.

Nuestro amigo Kierkegaard estableció ya una profunda distinción, entre recuerdo—*Erindring, en danés*—y memoria—*Hukomelse*. «Recordar no es, en ninguna manera, idéntico a hacer memoria (*huske*). Se puede muy bien hacer memoria de un suceso con toda puntualidad sin por eso recordarlo. La memoria no es más que una condición desvaneciente. Con la memoria se representa lo experimentado para recibir la consagración del recuerdo. Se ve ya la diferencia en las diferentes edades del hombre. El anciano pierde la memoria, que es la facultad que primero se pierde. Tiene, sin embargo, el anciano algo poético; es en la representación popular profético, inspirado por Dios. Y es que el recuerdo es también su mejor potencia, su consuelo, que le consuela con la perspectiva poética. La niñez tiene, por el contrario, en alto grado memoria y retentiva, pero nada de recuerdo. En vez de decir: la vejez no olvida lo que la juventud retiene, podría decirse: lo que el niño hace memoria recuerda el anciano. Las gafas del anciano se aguzan para ver de más cerca. Cuando el joven usa gafas son de cristal para ver a distancia, porque le falta la fuerza del recuerdo que consiste en alejar, en llevar a distancia. Y entre tanto, es el

feliz recuerdo de la vejez lo mismo que la feliz retentiva del niño, una gracia de la naturaleza que moldea de preferencia a las dos más desvalidas y, en cierto sentido, más felices secciones de la vida.»

Lo que se llama por exclusión y técnicamente historia, la documentada cronológica y geográficamente, es la memoria escrita de los sucesos humanos y aun naturales—un eclipse, una inundación, un terremoto—, mientras que la verdadera historia, la espiritual, que vive, que en la literatura y las artes—inclusa la filosofía—persiste es el recuerdo de los hechos, hechos ya para siempre en el alma humana.

Los abogados—en que incluimos los profesionales de la política, los eruditos y los apologistas de religión, mientras excluimos de su número a los juriconsultos, los legisladores, los sabios, y, desde luego, los poetas—se preocupan de situar cronológica y geográficamente los sucesos cuidándose poco de los hechos.

Al informar una vez a un abogado respecto a un sujeto a quien formaba expediente de que este sujeto en su trato con nosotros se nos mostró como un mulo se empeñaba en que lo individualizáramos cada una de las cosas que nos dió con las circunstancias de sitio, día, hora, forma y blanco de cada cosa. Parecía un fiscal o un confesor eclesiástico. Importábase los sucesos, las cosas, no el hecho de que aquel sujeto fuese un mulo probado.

MIGUEL DE UNAMUNO

